

DANIEL MEUROIS

El laberinto del karma

Isthar



Luna-Sol

Querido lector, si este libro le ha ayudado, dispone de más obras de este autor y de todo nuestro catálogo en:

Ediciones Istar Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

+34 696 575 444

Título original: Le labyrinthe du karma

© **Autor:** Daniel Meurois

© **Traducción:** Rosa Albert

Corrección: Ricardo de Pablo

Maquetación: Antonio García Tomé

Diseño cubierta: Ed. Istar Luna-Sol

Primera edición: noviembre 2019

© Éditions le Passe-Monde

© Ediciones Istar Luna-Sol 2019

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

ISBN: 978-84-17230-60-9

Depósito legal: M-30692-2019

Impreso en España

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor.

*A todas aquellas y aquellos que,
para más verdad y amor,
eligieron llenar de sol el mundo
al atreverse a recordar su primer Sople.*

*Con la esperanza de que,
al dejar esta vida, cada uno de nosotros
pueda pronunciar estas palabras:
«Lo hice lo mejor que pude».*

Nota editorial

De nuevo, Daniel Meurois comparte un poco más de su experiencia personal y su sabiduría, alejado de dogmas y creencias.

En este universo, la mayor parte de las veces, las preguntas y la necesidad de respuestas y de cambio llegan con dolor. Dolor por una pérdida, una enfermedad o cualquier otra dificultad; un dolor que todos experimentamos en alguna ocasión.

Lo más fácil es echarle la culpa a la mala suerte, al otro, al destino o incluso al karma, como si de una condena se tratase.

Este libro nos abre las puertas a una comprensión mayor de nosotros, de la vida y de una de las leyes que más influencia tienen en ella: la ley del karma.

Encontrarás en esta obra el conocimiento y las prácticas que te llevarán a una importante toma de conciencia. Una toma de altura y una comprensión que te permitirán descubrir el origen de todas tus dificultades y las posibles respuestas, así como convertirte en el artista creador de tu propia existencia tal y como la deseas.



Índice

Prólogo	13
Capítulo 1. La reencarnación y su motor	21
1. ¿En qué consiste exactamente la reencarnación?.....	23
2. ¿Qué es, exactamente, lo que se reencarna?.....	24
3. La naturaleza del ego	25
4. La naturaleza del alma.....	27
5. ¿Qué es exactamente el karma?.....	31
6. La ilusión del azar	34
7. ¿Por qué volver?.....	36
8. ¿Cuándo y cómo?.....	38
Capítulo 2. El contrato de vida	45
1. ¿Hoja de ruta o contrato?.....	47
2. El hilo conductor.....	50
3. A propósito del determinismo.....	51
4. La idea del reto	54
5. Un ejercicio varias veces milenario	56
6. Entre el Bien y el Mal	58
7. La enfermedad y el accidente	61
8. La muerte	63
Capítulo 3. Las rebeliones del ser.....	69
1. Entre ceguera, necesidad y restricción.....	69
2. Los Guías: su identidad y su rol.....	72
3. Falsas salidas y llegadas fallidas.....	75
4. Las rebeliones cotidianas.....	78
5. El juego de las tablillas.....	81
6. El suicidio	86

Capítulo 4. Entre soledades y complicidades	89
1. La historia de David	89
2. El karma singular y el karma plural	93
3. Karma inmediato: una llamada al orden	95
4. El karma diferido	97
5. Las vidas a crédito	98
6. Los karmas colectivos	100
7. ¿Un contrato global para nuestra humanidad?.....	104
8. El primero de los terapeutas.....	106
Capítulo 5. El karma y su séquito de interrogantes... 113	113
1. Éxitos y fracasos	114
2. Citas y pistas falsas	119
3. ¿Qué vinimos a aprender?.....	120
4. Ir a explorar	123
5. ¿Podemos huir de nuestro karma?.....	126
6. ¿Perseverar o renunciar?.....	128
7. Las consecuencias kármicas de nuestros condicionamientos.....	134
8. ¿Suscripciones kármicas?.....	135
9. Inteligencia y nivel de conciencia.....	138
Capítulo 6. Algunas claves para el crecimiento..... 141	141
1. A semejanza de una geoda	142
2. Las almas viejas.....	147
3. Salir del Samsara.....	149
4. El peso del <i>Samskara</i>	151
5. ¿Varias vidas en una?.....	154
6. El sufrimiento y el «pecado original».....	156
7. Víctimas y verdugos	158
8. Del <i>dejar hacer</i> al <i>dejar ir</i>	161
Capítulo 7. Las noches del alma	165
1. ¿Qué es una noche del alma?.....	166
2. ¿Cuándo y por qué sobreviene una noche del alma?..	167
3. Noche del alma y contrato de alma.....	169
4. La desvalorización de la imagen de uno mismo	172
Capítulo 8. El karma y la <i>maya</i>..... 177	177
1. La virtualidad de nuestras vidas.....	178
2. Modificar nuestro holograma personal.....	182
3. Más allá de los espejismos, las virtudes de la sonrisa	189

Capítulo 9. Recuperar la Memoria.....	193
1. Nuestra identidad primera	195
2. Nuestros <i>recuerdos súbitos</i> y reencuentros.....	197
3. ¿Qué hago con mi vida?.....	200
4. Encontrar su color de alma.....	203
5. En busca de nuestra alineación.....	205
6. Un gran olvidado: el Perdón.....	207
Anexo.....	211
1. Llamada a la purificación del cuerpo.....	212
2. Llamada a la purificación de las emociones.....	214
3. Llamada a la conexión con el Espíritu del Todo.....	217

Prólogo

Acababa de dar una conferencia y algunas de las personas que habían asistido se encontraban ahora ante mí, con un libro en la mano, a la espera de la tradicional dedicatoria.

Siempre es un momento particular, el de la firma de las dedicatorias. Es un momento de acercamiento, de cruce de miradas y de palabras, a menudo contenidas; también a veces de abrazos. Esa tarde, la calidez en los corazones era particularmente palpable.

Sin embargo, mientras los libros desfilaban uno tras otro bajo mi pluma, y más allá de la atención que yo dedicaba a cada una de las personas, no podía evitar alzar la cabeza para dirigir la mirada hacia un lugar concreto.

Allí, a unos pasos detrás de la multitud, había una mujer de mediana edad. Me miraba fijamente, esperando la ocasión de poder estar a solas conmigo, a salvo de todo oído indiscreto.

Una actitud que suelen tener algunas personas cuyo discurso y motivación pueden ser a veces sorprendentes. Hacía tiempo que había observado esta manera de hacer.

Pero esta vez, bajo la tenue luz de aquel atardecer, me parecía que era un poco diferente. Había como un dolor intenso, un desgaste del alma en lo hondo de la mirada de aquella mujer que esperaba su turno.

Cuando por fin estuvimos solos, mientras los técnicos de la sala recogían ruidosamente su material, la mujer se me acercó para preguntarme si podía sentarse en la silla vacía que había al otro lado de mi mesa. Temblaba un poco y era evidente que estaba agotada.

Recuerdo que, torpemente, buscó tomar mi mano.

—Por favor, señor, explíqueme... No puedo más.

Y, ante su evidente desesperación y sin yo tener tiempo de asentir, la mujer comenzó rápidamente a trazar el esquema de su vida, ese que la había traído hasta aquí.

Nacida de un padre desconocido, su madre la había criado como había podido, en condiciones muy humildes. Después, se había casado joven para escapar de una infancia triste y difícil. Desgraciadamente, unos años más tarde se quedó viuda; su marido, que era albañil, se había caído de un andamio dejándola sola con dos hijos y un empleo precario.

Aproximadamente diez años después de aquel acontecimiento, se volvió a casar con un hombre que, poco a poco, se reveló como un alcohólico violento. Su unión también terminó de una manera dramática. El hombre en cuestión murió repentinamente en un accidente de coche, llevándose consigo al hijo de dieciséis años que ella le había confiado por unas horas.

Fue el abismo... Se esforzaba por mantenerse a flote con la ayuda de un arsenal de ansiolíticos. Así pasaron cinco o seis años, sembrados de dificultades económicas, hasta que su hija se marchó de casa para irse a vivir con un hombre violento también, como por fatalidad.

Así que allí estaba ella, sentada frente a mí y todavía bajo el shock de su última visita al médico: acababan de diagnosticarle un cáncer en los intestinos.

Ni una lágrima, tampoco una queja, tan solo un cansancio infinito en un abismo de incomprensión.

No sé cómo me las arreglé para dar una respuesta a los interrogantes de aquella mujer totalmente hundida por las adversidades. Solo recuerdo que estuvimos hablando hasta que el conserje, amable pero firmemente, nos echó de la sala.

No hay explicaciones preconcebidas para estos casos. Tampoco existen «fórmulas de consolación».

No obstante, lo que sí puedo decir ahora, cuando los años han pasado dejando sus surcos en mí, es que si este libro existe es ante todo para intentar dar respuesta a los mil y un interrogantes y al desespero y los temores de todas aquellas y aquellos que, como esa mujer que me crucé una tarde, se encuentran desamparados ante las dificultades de su propia vida. Dificultades e incluso dramas que parecen no tener fin, injusticias del orden de lo inexplicable, de lo inaceptable; también la enfermedad o la trampa de algunos comportamientos en los que uno cae y recae sin cesar.

Por supuesto, y afortunadamente, no todos los itinerarios de vida son tan terribles como el que acabo de evocar. Aun así, esto no quita que todos tengamos nuestra ración de dificultades, que algunas vidas sean verdaderas «carreras de obstáculos» y que muchos se sientan indefensos y sin poder comprender el sentido de las sacudidas que jalonan su camino.

¿Por qué tantas separaciones, pérdidas, duelos y dificultades para encontrar nuestro lugar? ¿Por qué tantas puertas cerradas, tantas oportunidades desperdiciadas o problemas de salud recurrentes? Sí, ¿por qué? Ante eso, con demasiada frecuencia aparecen el desánimo, la resignación o la rebelión, con sus consiguientes excesos a modo de compensación, e incluso la violencia como última escapatoria.

Por falta de herramientas, por falta de «alas» que permitan poner otra mirada sobre uno mismo y sobre el mundo, pocas veces surgen la reflexión, la comprensión y la *toma de altura*. Y luego, un día, morimos así: cansados de todo, con un fardo de frustraciones o, peor aún, con rabia; inconscientes de que *todo eso* nos seguirá *al otro lado*.

Sí, ¿a quién acudir en este mundo cuando las dificultades se acumulan y se multiplican?

Antes, la respuesta era más bien sencilla: a los sacerdotes, a la religión. Pero eso ha cambiado radicalmente... Y por fortuna, debo decir, porque sus pretendidas respuestas no lo eran.

Eran argumentos preconcebidos, listos para ser ingeridos, petrificados en los dogmas y con un aliño de arrepentimiento que empujaba a una especie de sentimiento de sumisión a *Dios* y de culpabilidad cuyo origen seguía siendo incomprensible. Éramos pecadores, debíamos *conservar la fe* y rezar, y eso era todo porque no había nada más que buscar.

Aunque, en pocas décadas, nuestra humanidad —al menos la occidental— no necesariamente ha madurado en el plano de la conciencia, sí que al menos se ha liberado de algunos de los yugos que bloqueaban su razonamiento e impedían su *cambio de registro*. Y aunque no todos sus miembros lo aprovechen para lo mejor de su crecimiento, al menos la puerta está actualmente abierta para dar inicio a un principio de metamorfosis liberadora.

Hay que atreverse a añadir que si esta obra existe, es también por el derrumbe global de los sistemas religiosos, que, desde el principio, han fallado en su misión de instruir. Creer no es ni saber ni comprender, y menos aún conocer para, por fin, integrar. *Los credos no despiertan: tranquilizan, hipnotizan y adormecen.*

Mi intención no es en absoluto la de juzgar tales sistemas. Estos han tenido su razón de ser, pero, como todo lo que tiene un comienzo, es lógico que, llegado el momento, vivan un declive seguido de una especie de asfixia autoinfligida. Todo es cuestión de ciclos.

En realidad, el problema al que se enfrenta nuestra humanidad puede expresarse de una forma muy simple, sin que ello signifique que sea fácil de resolver.

Se resume en unas pocas palabras: venimos al mundo sin un manual explícito sobre nosotros mismos y son pocas las personas que comprenden que la «guía del usuario» que necesitan se encuentra en su interior. Al igual que el manual de instrucciones de un ordenador, se encuentra almacenada *en alguna parte* de su memoria interna. Quizás la analogía sea osada y excesivamente simple, pero es elocuente.

Por mucho que busquemos fuera de nosotros lo que ocasionalmente *no va bien y cuál es la causa*, es siempre *dentro* donde deberemos cavar para actualizar las respuestas, porque, mucho más allá de nuestra memoria consciente, existe otra cuidadosamente escondida en nuestras profundidades. Es la que posee nuestras claves esenciales, parecidas a códigos de acceso al ser que somos en esencia y a los verdaderos motores de los estados por los que atravesamos.

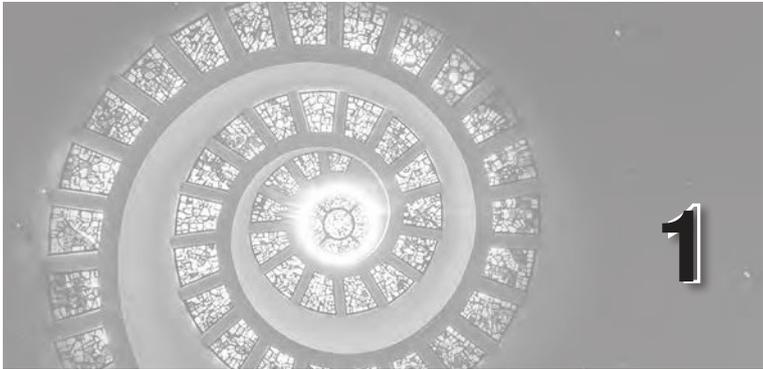
Existir no es vivir, ya que vivir no es caminar como un sonámbulo, privado del «cómo» y el «por qué». Vivir, por el contrario, es tomar un itinerario de la forma más lúcida posible y con la voluntad de crecer.

Sí, todo está ahí..., *en crecer...* para no someterse y después empequeñecer.

Aquellas y aquellos que, con la esperanza de desbrozar un poco más su camino, decidan seguir las líneas de reflexión que trazaré a lo largo de estas páginas deberán sin embargo partir de una premisa: la de la realidad de la reencarnación; o, al menos, la de una mentalidad abierta a su posible existencia como punto de partida de una comprensión diferente del sentido de nuestras

peregrinaciones. De hecho, el título de esta obra ya lo anuncia, puesto que la noción de karma implica la de un *descenso ascensional* en el laberinto de nuestras profundidades.

Ojalá pueda la aventura interior a la que invita abrir amplias y hermosas puertas a todos los peregrinos de la Conciencia que caminan en busca de su propia verdad.



La reencarnación y su motor

Aunque en la sociedad occidental la idea de reencarnación todavía suscita encogimientos de hombros o bromas, ya no hace sonreír tanto como en décadas pasadas.

Hay que reconocerlo, esta noción ha recorrido tranquilamente su camino.

Al parecer, aproximadamente el veinticinco por ciento de la población europea y norteamericana la acepta, y las tres cuartas partes de ese veinticinco por ciento deben su convicción a una experiencia personal de muerte inminente.

Un porcentaje muy significativo, pues refleja la importancia de la propia experiencia frente a la simple creencia o la mera opinión.

A escala mundial, los números son aún más elocuentes ya que se estima que un poco más de la mitad de la población terrestre se adhiere de forma natural a la idea de reencarnación, es decir, aproximadamente tres mil quinientos millones de personas.

Evidentemente, esto no demuestra nada, pero, al menos, merece la pena detenerse en la cuestión, así como en todo lo que conlleva. Por tanto, es en esa dirección hacia donde os propongo que me acompañéis.

¿Cuál es mi fuente de información o, más bien, mi herramienta de investigación en un terreno aparentemente tan intangible como este? Es mi capacidad natural de desprender mi conciencia de mi cuerpo físico, o, si se prefiere, mi *alma* de mi carne. Una capacidad que ejerzo con la única finalidad de comprender mejor los engranajes íntimos de la vida.

Así pues, como de costumbre, no me voy a expresar en nombre de ninguna filosofía, teoría o creencia, tampoco de ninguna tradición religiosa ni, en modo alguno, de ningún dogma. Mi palabra será libre; será, como siempre, la de un testigo de lo Invisible cuya labor es ofrecer claves de comprensión y alivio a esos pasajeros del mundo de la densidad que somos todos.

1. ¿En qué consiste exactamente la reencarnación?

La reencarnación es la consecuencia de esa ley natural que empuja a lo que llamamos globalmente *un alma* a revestirse de diferentes cuerpos a lo largo del tiempo y, por tanto, a vivir una multitud de vidas en condiciones a menudo muy distintas. Su motor es el aprendizaje de la Vida, con *V* mayúscula, a fin de desarrollar una Sabiduría que conducirá al ser a un estado de Despertar y a su consiguiente Liberación, es decir, al cese de sus sufrimientos y hacia una infinita Completitud.

Pero poco importa qué términos utilicemos, ya que estos varían de una cultura a otra. Lo que cuenta es comprender bien el principio de base de la reencarnación y la necesidad, para toda conciencia, de afinarse para sustraerse progresivamente del doloroso engranaje de la dualidad y alcanzar, finalmente, el estado de Unidad.

Como vemos, dicha ley es de una equidad absoluta, ya que, por su matemática interna, hace que todos los seres conscientes de sí mismos pasen por una multitud de experiencias en el corazón mismo de la Materia densa. Es esta ley la que me lleva a afirmar que la densidad es el más exacto e imparcial de los maestros; lo cual significa el más inflexible, aunque también el más generoso y amoroso de los docentes.

Admitir y comprender esto intelectualmente es bastante fácil por poco que logremos desprendernos del formateado de nuestra cultura occidental. Nos decimos «¿Por qué no?», y nuestra mente se satisface

rápidamente de lo que ve como una filosofía aceptable de la que se puede discutir amablemente en la sobremesa, con razonamientos donde la lógica encuentra su lugar.

Pero ¿y después? Después nada o no mucho, porque la comprensión real de los mecanismos de la reencarnación y todo lo que estos inducen no obedece a la adhesión a una doctrina filosófica, dado que no depende de la mente, la cual gusta de argumentar y escucharse. La pulveriza. Dicha comprensión exige una integración que debe ir a buscar el ser hasta en sus células. Es especialmente en esa dirección por donde os llevo.

2. ¿Qué es, exactamente, lo que se reencarna?

La pregunta puede sorprender, pero no es anodina y se justifica en un mundo como el nuestro, en el que, cuando abordamos cuestiones de tipo metafísico, nos gusta escudriñarlas por el placer del discurso y porque lo complejo parece más realista y creíble que lo simple.

Es lo que marca la diferencia entre un enfoque estrictamente metafísico y la búsqueda espiritual en el sentido primero del término. Aunque el primero sea importante, noble y respetable, no debemos detenernos en él cuando aspiramos a avanzar en *nosotros mismos*.

Recuerdo las discusiones intensas con las que antes me dejaba atrapar ante un discurso en el que se me intentaba demostrar que *eso* que se reencarna no es más que una especie de parcela de conciencia que lleva con ella ciertos recuerdos o ilusiones de recuerdos.

Siendo así, se trataba por tanto de una chispa que, por atracción, acababa por encontrar un cuerpo de carne más o menos compatible con ella según toda una red de circunstancias que se nos escapan.

En resumen, según esta teoría, no sería un alma individual la que se reencarnaría, sino una especie de *perfume* del ser y de experiencias surgidas de una personalidad disuelta para siempre. En virtud de este razonamiento, toda forma de vida que desaparece dejaría automática e involuntariamente un *legado vibratorio* a otra forma de vida naciente, la cual tomaría su relevo, al menos en cierta medida.

Como reza el dicho, ¿por qué hacerlo sencillo si se puede hacer complicado?

En los hechos, la realidad es muy distinta porque, efectivamente, es una individualidad la que se reencarna —es decir, la que vuelve a tomar carne—, ya que, de no ser así, la noción de *aprendizaje de la Vida* no tendría ningún sentido. ¡La pérdida inevitable de identidad que implica la *teoría de la chispa* no es apta para incitar al *trabajo sobre uno mismo*! Cuando vivimos y, por tanto, aprendemos, incluso cuando balbuceamos, es lógico que cosechemos el fruto de nuestras lecciones..., y esto es precisamente lo que sucede.

3. La naturaleza del ego

El ego, todos lo saben, tiene una reputación bastante mala. Se lo ve como el causante de todos los problemas, el motor de todos los conflictos que nacen de ese famoso

mi-yo con el que todo humano se identifica cada mañana al despertarse.

Es una realidad que no se puede negar, si bien traduce una visión parcial y muy estrecha de las cosas. En efecto, lo que llamamos *ego* no es forzosamente un lastre. Es el soporte de la personalidad, *eso* que le permite diferenciarse de las demás y expresar su libre albedrío, sus gustos, capacidades y debilidades.

Es la herramienta indispensable para la toma de conciencia de uno mismo, es decir, de la propia vida y de la autonomía del pensamiento que la habita. En resumen, el *ego* es el instrumento imprescindible para el desarrollo del ser.

Como todo instrumento, es neutro. Por tanto, todo depende de cómo se utiliza. Es el *lugar* de las elecciones, el terreno de base de todos los crecimientos, pero también el espacio donde podemos adormecernos y estancarnos.

¿Es el *ego* el que se reencarna? *No únicamente*, ya que nuestros *mi-yo* varían de intensidad y *colores*, es decir, de sensibilidades, de una vida a otra. El *ego* es la herramienta, la prolongación de una realidad que se sitúa por encima de él.

Por consiguiente, se puede ver el *ego* como una extraordinaria clave de crecimiento que la Inteligencia de la Vida nos ofrece en un momento dado de nuestra evolución, pero en ningún modo es *el Soplo* que nos hace ir de vida en vida.

4. La naturaleza del alma

Entonces, ¿qué es lo que se reencarna? ¿El alma? Esta palabra es la que se utiliza normalmente en este contexto. Es flexible y práctica.

Pero, a mi modo de ver, no es apropiada mientras no hayamos definido bien lo que se entiende por ella, ya que se viste fácilmente de una connotación religiosa. Por ejemplo, ¡no le habléis de alma a un psicólogo! En el marco de su profesión no os seguiría.

Hay que reconocer que el término es como un cajón de sastre y que no significa lo mismo para todo el mundo; más bien fluctúa en función de las circunstancias.

No obstante, en lo que a mí respecta, he decidido seguir utilizándolo en ciertos contextos concretos, pero nunca como una palabra comodín. ¿Por qué? Porque, por confuso que sea, transmite pese a todo, una dimensión sagrada que me parece primordial si queremos penetrar en los misterios del Viviente.

La psicología y el psicoanálisis, que optan por utilizar el término *psique*, tienen tendencia a olvidar el origen griego de este último, origen que sugiere cierta sacralidad puesto que en griego *psukein* significa nada menos que 'soplar'.

El *Soplo*... Para Pitágoras y los Antiguos era inevitablemente el de la Vida con *V* mayúscula. ¡Volvemos a lo mismo, doctrinas académicas o no!

Pero todo eso no nos dice cómo podríamos definir el alma.

Mi propia comprensión me empuja a ver en ella una realidad de múltiples capas, un principio constituido por varios estratos que se entremezclan entre sí para generar un *universo vibratorio* que está destinado a animar, en el sentido primero del término, a un organismo de carne.

Dichos estratos energéticos son esencialmente de tres grandes órdenes que corresponden a espacios interiores del ser; cada uno de ellos está dotado de una verdadera biología sutil que le es propia.

Por tanto, y sin entrar en detalles, el concepto de alma puede resumirse en la combinación de:

- un cuerpo emocional,
- un cuerpo mental,
- un cuerpo causal.

Naturalmente, cada uno de estos cuerpos, o realidades vibratorias, es poroso a los demás según diferentes grados de fluidez.

Los dos primeros se definen por sí mismos, ya que el mundo de las emociones y el de la mente, o intelecto, se manifiestan claramente en nuestra vida cotidiana. Son los principales artesanos del ego básico, con sus apetitos afectivos y su necesidad imperiosa de afirmar de mil maneras que *existe*.

En cuanto al tercero, el causal, requiere una pequeña explicación para la mayoría de nosotros. Digamos brevemente que transmite y traduce la memoria de lo

que somos en realidad, sin trampa posible. Al haber memorizado todo aquello que hemos engendrado como individualidades, habla de las causas de todo lo que vivimos... y, por tanto, de sus consecuencias actuales.

Así pues, nuestro cuerpo causal es el espacio sutil donde se teje lo que llamamos, demasiado fácilmente y de forma bastante fatalista, nuestro destino.

En los hechos, son estos tres cuerpos —el emocional, el mental y el causal— los que, estrechamente unidos, se reencarnan a través de la creación de un ego que traduce y deja transparentar la realidad del alma¹.

Es necesario comprender que, como tal, el alma no está dotada de una personalidad, ya que es un principio que, de vida en vida, se reviste de una *máscara* diferente y, por consiguiente, manifiesta múltiples especificidades en función de los roles que, al prolongarse en la Materia, debe interpretar para progresar y afinarse.

Así pues, lo que llamamos *el ego* es, de hecho, la máscara transitoria que el alma adopta para una encarnación y que manifiesta diferentes rasgos de personalidad, un temperamento y múltiples características a lo largo de las existencias con el fin de explorar una multitud de situaciones.

.....
1 Ver también el capítulo 2 de *Advaita*, del mismo autor. Ediciones Isthara Luna-Sol.

En resumen: a lo largo de los tiempos, el principio «multicapas» del alma se cubre de una sucesión de egos, es decir, de personajes «diferentes»² —regidos esencialmente por sus emociones y su intelecto— que serán alimentados por su banco de datos causal, banco al cual, a su vez, alimentarán.

Si bien es nuestra alma la que continúa siendo el director de orquesta de nuestras vidas, son nuestros egos los que interpretan una multitud de roles, como si fueran músicos que no solo deben aprender a tocar varios instrumentos, sino también a leer todo tipo de partituras.

A partir de eso es fácil comprender que los diferentes tipos de instrumentos y partituras que pongo aquí a modo de comparación conciernen también al sexo con el que nos encarnamos. Digamos que un alma está dotada de una polaridad de base, masculina o femenina, con la que avanza a lo largo de los Tiempos; sin embargo, los egos sucesivos a través de los cuales *se infunde* en la Materia pueden adoptar cuerpos de hombre o de mujer según las necesidades en su aprendizaje de la vida.

Es evidente que la personalidad encarnada acepta más o menos bien estos cambios de sexo, y que estos pueden ser causa de sufrimiento. La homosexualidad encuentra aquí una de sus explicaciones.

² Señalemos que las palabras persona y personaje vienen del latín persona, que significa ‘máscara de teatro’.

5. ¿Qué es exactamente el karma?

Otra noción que merece ser aclarada es la del karma, dado que es objeto de un gran número de ideas preconcebidas, a menudo vagas, a veces contradictorias o incluso erróneas.

Textualmente, la palabra *karma*, de origen sánscrito, significa 'acto'. Por extensión, define la ley de causa y efecto según la cual cada ser humano cosecha, de vida en vida, los frutos de sus acciones constructivas, neutras o nefastas. Hay que saber que su concepto está desprovisto de toda noción de moralidad tal como la entendemos habitualmente.

Sin embargo, generalmente no es así como lo interpretamos en Occidente cuando nos referimos a él, ya sea hablando en serio o en broma. En efecto, se le atribuye, casi sistemáticamente, un valor despreciativo y que transmite una idea de sanción.

¿Quién no ha oído alguna vez decir con respecto a una persona a la que la vida hace sufrir a causa de un repentino accidente, enfermedad o situación dramática: «¡Es así, era su karma!»? Una expresión lanzada muy fácilmente, siempre con connotaciones negativas y que a la vez da a entender que la persona de la que hablamos tenía *una deuda que pagar...* Un juicio fácil, casi sin apelación, de trágicos efluvios judeocristianos en los que la noción del *pecado* permanece subyacente pues nos convierte, de un modo natural, en los herederos de las *semillas** de la primera manzana.

No cabe duda de que todo lo que vivimos es el resultado de una multitud de acciones anteriores; sin embargo,

* N. del T. - *Pépins* en francés significa 'semillas', si bien en argot, 'embrollos, líos, enredos'.

debemos comprender que cuando una prueba se presenta, no necesariamente implica *el pago de una culpa pasada*.

Asimismo, es importante comprender que la acumulación de éxitos no es un indicador automático de los méritos profundos de nuestro ser. ¡Sería infantil caer en tal dualismo! Lo veremos más adelante.

Recuerdo una conversación admirativa que capté al azar durante un espectáculo que daba una cantante muy popular, hace años.

—Mira, ¡lo tiene todo!

—Tienes razón: es bonita, tiene talento, es rica...

—¡Y tiene tanta energía! ¡Debe ser un alma hermosa!

Sí, quizás fuese un alma hermosa, pero nada permitía afirmarlo, como tampoco sería inteligente ni lógico, y menos aún correcto, decir de alguien que mendiga en una esquina que de seguro lleva el alma muy cargada para estar tan *castigada*.

¡La ley del karma no se expresa de manera primaria!

Su mecánica, extremadamente inteligente, es similar a la de un prodigioso jugador de ajedrez que prevé los movimientos y el buen posicionamiento de sus piezas con muchísima antelación, con la diferencia de que su juego debería más bien llamarse *juego de éxitos*** , pues su horizontalidad llama constantemente a un horizonte de verticalidad.

** N. del T. - *Jeu d'échecs*, juego de ajedrez. *Échec* en francés significa 'fracaso'. Por tanto, el autor hace aquí un juego de palabras con «juego de fracasos y juego de éxitos».

Debido al Principio que alberga³, un alma es siempre atraída hacia una mayor perfección en complicidad con la multitud de experiencias, por tanto, de labrados que la Materia le propone. Es llamada a sublimarse, aunque el ego a través del que se expresa no lo sepa o lo rechace negando la existencia de su fuente.

Pero más allá de eso, ¿quién es el verdadero dueño de la famosa mecánica del *Jugador de Ajedrez*, o, más bien, *de los Éxitos*? ¿Ese poder indefinible que tenemos por costumbre llamar Dios? No es necesario ir a buscar tan lejos haciendo de *Él* una especie de experto contable ajeno a nosotros. Los únicos dueños de las situaciones que nos toca vivir somos nosotros mismos en las alturas discretas de nuestra Conciencia, es decir, de nuestra alma individualizada.

Este espacio de nuestra Realidad es el director de orquesta absoluto, el estricto guionista de los equilibrios y desequilibrios que se compensan unos a otros a lo largo de la trayectoria de nuestra evolución.

Si nuestros egos sucesivos son los actores felices o infelices de las *justicias humanas* cuyas geometrías varían según las encarnaciones, nuestra alma sigue siendo dueña de la Justeza. Esta Justeza se puede definir como la ley del equilibrio y la armonización que dirige la multitud de escenarios que se nos presentan para hacernos crecer.

De hecho, los que padecen las pruebas de la vida son nuestros egos, cada uno de ellos —o cada una de nuestras almas-personalidad—, mientras que es nuestra Alma global la que cosecha sus lecciones, sus frutos, y se revela poco a poco a sí misma... para elevarse.

.....

3 Ver esquema de la página 196.

6. La ilusión del azar

Cuando empezamos a comprender en qué nivel se sitúan y ordenan de forma lógica los motores y motivos que hacen de nuestras vidas lo que son, se hace cada vez más evidente que la palabra *azar* no tiene lugar en nuestro vocabulario puesto que es un sinsentido.

Las circunstancias en las que nos encontramos ya no pueden percibirse como la consecuencia de unos juegos de azar cuyo origen permanece para siempre indefinible⁴. Existen las siembras y sus cosechas o, si se prefiere, la dinámica del bumerán y lo que se encarga de enseñarnos... Después, existe el Alma de la que procedemos a través de múltiples personalidades y cuyos velos caen al ritmo de nuestros aprendizajes.

Obviamente, a la luz de este entendimiento, todos diremos espontáneamente que una alegría, o lo que llamamos suerte, son una cosecha. Pero una cosecha puede ser el caldo de cultivo de una adversidad, mientras que una adversidad, o lo que parece ser mala suerte, puede servir de punto de partida para unas bellas cosechas futuras.

Siempre dependerá de nosotros, del rol que asumimos, decidir qué haremos con una ganancia o una pérdida, con una *mano tendida* o lo que parece un callejón sin salida. Lo que llamamos Bien y Mal son generalmente cómplices en la medida en que su función es la de ir a *buscarnos* allí donde necesitamos *ser encontrados*, es decir, en el corazón tanto de nuestras capacidades como de nuestras carencias.

4 De hecho, la palabra *azar* proviene del antiguo árabe *yasara*, que significaba 'jugar a los dados', dicho de otro modo, 'recurrir a la suerte'.

Para aquellos que aprecian los símbolos, digamos que causas y consecuencias dibujan en el Infinito uno de los muchos aspectos de la mítica serpiente Uróboros, que, al intentar morderse la cola, expresa la dinámica de la vida. El *menos* convoca al *más*, el *más* acepta el rol del *menos* al responder a su llamada..., y viceversa; y así hasta el infinito... O casi.

¿O casi? Sí, puesto que la mecánica del karma no debe ser considerada como la de una ronda sin fin. Su función es educativa, y asociarla a una especie de fatalidad universal interminable sería no entender sus fundamentos, ni su finalidad.

Aunque son raras, hay versiones pictóricas de Uróboros en las que el círculo tradicionalmente descrito por la serpiente no está totalmente cerrado, sino que deja lugar a una abertura. Esta abertura es la del libre albedrío y la voluntad. Reside en el corazón mismo de esta obra.



La rueda descrita por Uróboros puede girar en ambos sentidos. Toda causa genera unas consecuencias, y estas consecuencias irán, tarde o temprano, en busca de su causa. Ambos polos se reclaman uno a otro para engendrar el movimiento evolutivo de la vida. Por tanto, no hay Creador sin Creación... Espíritu y Materia se atraen y revelan mutuamente.

7. ¿Por qué volver?

La pregunta ya ha encontrado parcialmente su respuesta a través de las nociones de Justeza, Exactitud, Equidad y, por tanto, Evolución mencionadas anteriormente, pero eso no impide que, llegados a este punto, queden aún muchísimos interrogantes. Los primeros son estos: ¿es la reencarnación una obligación?, ¿una necesidad inevitable? Y, ¿nos deja la más mínima opción?

a) ¿Una obligación?

Usar este término en este contexto no sería apropiado. Es mucho más justo hablar de un fenómeno de atracción o de magnetismo sistemático, ya que, como he comprobado repetidas veces en las experiencias extracorpóreas en ese espacio nuestro que nos acoge entre dos vidas, nadie viene a decirnos explícita y autoritariamente: «Ahora debes... y vas a...».

Es más bien *algo en nosotros* que sabe *desde dentro* que «debemos» y que, por tanto, «vamos a»... En ciertas esferas de la conciencia, llamamos a este fenómeno de atracción *el espíritu de hierro* debido a la densidad que manifiesta y de la que procede.

Este *algo en nosotros* que proviene de las cumbres de nuestra alma obra de manera que rememoremos la verdad según la cual es la confrontación con uno mismo lo que nos hace crecer. ¿Y cuál es el terreno ideal para tal confrontación sino el de un mundo de materia densa? Un mundo donde hemos dejado historias inacabadas, proyectos en suspenso y a menudo relaciones incompletas;

un mundo donde las penas y los sufrimientos recibidos e infligidos esperan para ser apaciguados.

b) ¿Una necesidad?

Efectivamente, y esta última se impone por sí misma, incluso si el ego se resiste y teme el momento y las circunstancias de un retorno cuando este se hace ineludible porque *el espíritu de hierro* comienza a hacer su obra en él. En el intervalo extratemporal que separa dos vidas, la evidencia de esta necesidad crece progresivamente y ejecuta su obra en función del nivel de madurez del ser que se reencarna.

c) ¿Una posibilidad de elección?

La respuesta es variable pues depende de la altitud con la que somos capaces de considerarla. Quien dice elección dice libertad y quien dice libertad sobrentiende madurez. Por tanto, en toda reencarnación la elección de las circunstancias obedece a la calidad de la mirada y la lucidez del ser que se dispone a volver a vestir un cuerpo de carne.

¿Tiene ese ser conciencia de lo que le toca mejorar en él, de sus deficiencias anteriores y de las potencialidades que debe desarrollar? ¿O es aún como un niño a quien hay que tomar de la mano para cruzar la calle y llevarlo a la escuela?

Un niño, como todos saben, difícilmente es de sus elecciones y, a menudo, tiene una visión a corto plazo;

el adolescente se ve fácilmente adulto antes de hora y presume tanto de su juicio como de su fuerza; en cuanto al adulto, generalmente piensa que es más adulto de lo que es en realidad y tiende a «contarse historias» sin demasiados problemas.

Dado que esto es así en nuestro mundo de densidad, ¿por qué iba a ser diferente en las esferas de existencia que lo preceden y lo suceden? Los mundos del «antes» y del «después» son el espejo exacto del nuestro, y viceversa.

A partir de eso, es fácil entender que nuestro *margen de elección o de maniobra* ante la necesidad de reencarnarnos es proporcional a nuestra solidez interior, a nuestra voluntad y, todo hay que decirlo, a la mirada de autenticidad, de lucidez que somos capaces de poner sobre nosotros mismos y sobre lo que se debe realizar para el despliegue de la vida.

8. ¿Cuándo y cómo?

a) Los grados de lucidez

A menudo me han preguntado si un ser que ha muerto es consciente, en el mundo adonde ha ido, del hecho de que deberá en algún momento abandonarlo para reencarnarse. La respuesta es no. Es fácil entenderlo, porque la transición que constituye el momento de la muerte no implica

automáticamente una rotura del velo de la conciencia de aquel que vive el Pasaje.

Muchas veces he dicho que, si comparamos el universo con una casa enorme, no por cruzar la puerta de una de sus habitaciones para ir a otra dejaremos de ser nosotros mismos. Quizás disfrutemos de otra luz, de un poco más de claridad; tal vez gocemos de una vista más hermosa *hacia el exterior*, tal vez encontremos ropa nueva y de mejor calidad...

Por supuesto, pero eso no significa que tengamos una visión del plano general de toda la casa, que tengamos inmediatamente acceso a sus pisos superiores ni que comprendamos el propósito de su arquitecto.

Todo se va descubriendo progresivamente, habitación tras habitación, vida tras vida..., y hay *entre vidas* en las que no salimos de la misma habitación porque no presentimos que haya otras e incluso nos mostramos incapaces de imaginar una que sea diferente.

Así pues, hasta cierto grado del despertar de la conciencia, no se percibe la necesidad de que haya que reencarnarse *algún día*; no es en absoluto una evidencia con la que nos sabremos confrontados llegado el momento..., a menos que hayamos vivido en una cultura o según una fe en las que los principios de karma y reencarnación sean obvios.

Nuestro equipaje viaja con nosotros... Nuestras creencias y experiencias nos definen a ambos lados de la *línea divisoria*.

Es por eso por lo que, en la medida de lo posible, debemos esforzarnos por vivir la vida de forma lo más abierta posible y, pese a las dificultades, hacerla hermosa, es decir, habitada por la esperanza de un porvenir *más grande*.

b) *El acceso a las perspectivas*

Esta otra pregunta también me la hacen a menudo: «Antes de volver, y habiendo comprendido que debíamos volver, ¿tenemos una idea de la trayectoria y de las condiciones que nos esperan?».

La respuesta es simple, pero implica muchas cosas. Inevitablemente, nos coloca ante lo que yo llamo *nuestro capital de fortaleza interior*, en otras palabras, ante nuestra capacidad de saber cómo mirar las cosas cara a cara.

¿Seremos aptos para entreverlo todo de las probables sinuosidades del recorrido que se proyecta ante nosotros? ¡La cuestión está ahí! Sin olvidar el hecho de que el esbozo de un viaje así no es más que la consecuencia, la continuidad lógica de lo que nosotros mismos hemos engendrado... Requiere estabilidad y madurez, incluso si la trayectoria cuyos hilos de trama están ya tensados se anuncia más bien agradable, porque, como hemos visto, todo éxito es ante todo una prueba para la personalidad que se encarna.

Un alma es siempre exigente con los egos sucesivos que ella misma infunde en la Materia. No se expresa en términos de recompensas y castigos, sino según la ley del Equilibrio universal.

En resumen, cuando un ser entra en el movimiento de su retorno, se le da una visión global no *solo* de lo que es capaz de ver, sino también de lo que es adecuado que sepa y que se imprimirá en él como una hoja de ruta.

Hay que comprender bien que dicha hoja de ruta es ante todo un esquema con su escenario y sus encuentros, sus encrucijadas más o menos inevitables y también sus dosis de libre albedrío.

¿Qué hace con ella el ser que se reencarna? Aquí está su trabajo de descodificación, ya que toda hoja de ruta está forzosamente escrita en filigrana y codificada para no falsear el juego instructivo de la Vida.

Si las grandes líneas de nuestro itinerario están inscritas en nuestro fondo con nuestras citas, nuestras promesas por cumplir y nuestros desafíos, es como medida de protección, ya que no es tanto la meta ideal de una encarnación lo que prima, sino el modo de realizar el viaje.

En resumen, ¿qué clase de amor desarrollaremos? ¿Lo olvidaremos por el camino? Y sobre todo, ¿será realmente amor?

c) La elección de la negativa

¿Podemos negarnos a reencarnar? Dicho de otro modo, ¿es posible decir no a nuestra hoja de ruta si, por decirlo prosaicamente, «no nos agrada»?

En realidad, esto sucede a menudo y se manifiesta de varias maneras. Toda resistencia mental y emocional es susceptible de perturbar o incluso bloquear el proceso armonioso de una encarnación.

El ser que está invitado a renacer es ante todo una realidad de orden vibratorio. Esto significa que genera trenes de ondas y masas energéticas que pueden actuar, según sea el caso, como parásitos, interruptores o incluso cortocircuitos en el mecanismo de su retorno. De ahí los partos difíciles, por el asiento, con el cordón umbilical alrededor del cuello, algunos abortos involuntarios y, por supuesto, algunas muertes inexplicables que se producen poco después de nacer.

Hay que saber que el nacimiento generalmente se vive como una muerte para el que se reencarna. Este retoma la *mochila* que había dejado por un tiempo y se duerme, quizás a regañadientes, para el tipo de realidad que le había acogido.

Por supuesto, hay muchos retornos que tienen lugar en la aceptación y la alegría, igual que hay muertes que se viven de forma relajada, con desapego y esperanza. Todo se hace siempre tal y como es nuestro espacio interior, en la forma en que lo hemos alimentado, pese a nuestras debilidades y a las sinuosidades de nuestro camino.

Por eso no es vano indagar en el misterio de lo que nos hace venir a este mundo, en el deber que tenemos de tratar de construir algo en él —por humilde que sea— y, por último, en la saludable necesidad de aprender a dejarlo de la mejor manera posible llegado el momento.

*Un mensaje traza un camino, pero no los bordes
de ese camino. Estos están pensados y son diseñados
y esculpidos por aquellos que lo recorren con
la suma de lo que son.
Así pues, hay una infinidad de maneras
de llegar a un mismo punto.*